



REVISTA LITERARIA

(NOVIEMBRE, 1889)

Por qué no se trata aquí de ciertas novedades.—*La Unión Católica*, por don Víctor Díaz Ordóñez (Librería de Fe).

I

Lo más natural sería comenzar una revista literaria, escrita para un periódico de la índole de éste, hablando de aquellas obras del arte español que más hayan llamado la atención en los últimos días; y siendo así, referirse desde luego á *La Incógnita*, novela que acaba de publicar Pérez Galdós; á *Morriña, historia amorosa*, de la señora Pardo Bazán..., y al discurso de apertura leído por Menéndez y Pelayo en la Universidad Central.

Estos serían, en efecto, en circunstancias ordinarias, los asuntos que cuanto antes emprendería yo en una revista literaria en que me propusiera

transmitir, en lo posible, al lector las más recientes y más fuertes impresiones debidas al ingenio nacional en activo servicio. Pero tengo razones, no sé si especiosas, para no decir nada, ó poco más, de ninguna de las obras citadas.

La Incógnita, la novela de Galdós, no puede ser juzgada, ni aun del todo comprendida, antes de conocer *Realidad*, otra novela que es, más que su continuación, su complemento...; pero no un complemento sucesivo, sino... En fin, quien tiene motivo para saberlo, explica el caso diciendo que leer *La Incógnita* es como leer las páginas pares de un libro y no leer las impares, que están en *Realidad*; que esta obra, partida en dos, no lo está en el sentido de la longitud, sino de la latitud. El que no acabe de entenderlo, tenga un poco de paciencia, y espere la publicación de *Realidad*, obra que, por la forma, será puramente dramática, aunque no teatral, pues no cabe representarla, tal como es á lo menos. Y digo tal como es, porque yo, que cada día me voy haciendo más partidario del sí y el no y el qué sé yo en materia de gustos y otras filosofías (á pesar de que el dilettantismo ya ha pasado de moda, y lo desprecian los jóvenes de la generación germanófila francesa) en punto á que de las novelas no se deben hacer dramas ni comedias, pienso, en general, que es verdad; que lo que nació comedia, comedia debe morir, y lo que

se engendró novela, novela debe ser mientras viva. Pero este es el no. Luego viene el sí, el sí inspirado por la tolerancia y la transacción y las lecciones de la experiencia, que nos han hecho ver, sobre todo en el teatro modernísimo francés, que de algunas novelas—de otras no—se podía sacar comedias ó dramas, que, si no son obras maestras, resultaban, por lo menos, espectáculo muy divertido y nada grosero; y algo es algo. Pues bien: de acuerdo con esta mi segunda opinión, me digo á veces: ¿por qué no se convertirán en cosa de teatro muchas de las novelas de Pérez Galdós? Debiera intentarse aquí, con lo que se ha llamado nuestro *naturalismo*, lo que á veces con buen éxito y siempre con gran afán ensayan en París Zola, Daudet, Edmundo Goncourt y otros.

Mas tal asunto merece especial atención y estudio, y acaso se trate de él otro día.—Es claro que *La Incógnita*, á pesar de todo lo dicho, merece ya elogios desde ahora; el Galdós de siempre está allí. Pero no es en el capítulo de los elogios donde podría estar el peligro de equivocarse, sino en el de los reparos.

Algunos, tal vez puedan convertirse en sentencia firme, á pesar de *Realidad*; pero otros que se me ocurren, tengo la esperanza de que han de hacerse humo después de leída la novela dramática en cinco jornadas, que el corresponsal de *Infante*

tuvo guardada entre ajos y otras golosinas en un arca. La cual arca me parece que ha de ser simbólica, y representar, por un lado, el mundo pícaro y real, lleno también de ajos y cebollas; y, por otro, el cartapacio en que el clásico aconseja guardar los escritos literarios mucho tiempo, antes de publicarlos.

Pero ya que, por todo lo dicho, no se habla aquí de *La Incógnita*, me permitiré la indiscreción (que por supuesto no lo es, sino en el estilo de los revisteros) de decir algo del autor, de Pérez Galdós. D. Benito, además de ser nuestro primer novelista, es uno de nuestros primeros viajeros. Sus viajes suelen ser peregrinación á la patria del genio, ó á los lugares por él consagrados. En la famosa ciudad alemana en que Schopenhauer puso su cátedra de pesimismo, Galdós visitó el comedor famoso de la fonda en que el ilustre loco (según Lombroso) estudiaba muestras de la humanidad ambulante, comía buenos bocados y daba al mundo el singular espectáculo de un Jeremías de la *bonne compagnie*. Tal vez pensando en Schopenhauer se le ocurrió á Galdós escribir esta *Incógnita*, que no se debe juzgar hasta que se haya leído otro libro, y entonces se pueda... volver á leer *La Incógnita*. Digo esto, porque, según recordarán muchos, en el prólogo del *Mundo como voluntad y como representación*, Schopenhauer ad-

vierte al lector ligero de cascos que no le va á entender, si antes no ha leído y entendido la *Crítica de la Razón pura* de Kant, varias obras del ilustre pesimista... y el mismo libro cuyo es el prólogo en que esto se advierte; es decir, que el *Mundo como voluntad*, etc., no se entiende bien hasta la segunda toma. ¡Pobre novela de Galdós, si no hubieran de entenderla más españoles que los que hayan leído y entendido... la *Crítica de la Razón pura*!

Este verano, el autor de *Gloria* ha hecho su tercero, ó cuarto, ó quinto viaje á Inglaterra. Él es como aquel personaje anglómano que en *Fortunata y Jacinta* se muere de apoplejía. Si el temperamento de Galdós le permitiera ser extremoso en algo, lo sería en su cariño á todo lo inglés. Su peregrinación de este año ha sido al pueblo que vió nacer á Shakspeare (1). D. Benito dice de Stratford-upon-Avon, que es hoy para los ingleses un *Lourdes* del arte, un *Lourdes*, no de rosarios y agua santa, sino consagrado al genio literario; un *Lourdes* donde hasta los cuartos de las fondas tienen los nombres de los héroes de Shakspeare, y se llaman Hamlet, Shilock, Otelo, etc. La impresión que á nuestro novelista han causado estos

(1) In the name of God, Amen. I, William Shakspeare, of Stratford-upon-Avon, county of Warwick... (Shakspeare-Will.)

lugares santos del genio inglés, podremos conocerla en un artículo que Galdós ha dedicado al asunto.

II

De *Morriña*, la novela ó historia amorosa de doña Emilia Pardo Bazán, no puedo hablar, porque, contra su costumbre, la ilustre escritora no me ha honrado á estas horas todavía con un ejemplar de su último libro. Lo he visto en la tienda, y, lo que es por fuera, es precioso, digno de la casa de los Sucesores de Ramírez, que sabe dar á las obras del ingenio rica y digna vestidura, por caro que le cueste.

Mas me consuela de esta ignorancia mía, y de sus consecuencias, la convicción de que á estas horas pluma mejor cortada que la que yo manejo (en las frases hechas no hay progreso, las plumas siguen siendo de ave), estará pergeñando un artículo como quien teje una corona de laurel, para premiar la primorosa labor de la más insigne mujer de letras entre las que tiene España. En Madrid ó en Barcelona, tal vez en París, espíritu más despierto, joven, entusiástico y ardiente en alabar lo bello que el mío, ya fatigado, descontentadizo, y acaso enfermo, estará fabricando ya el merecido elogio de *Morriña*, alabando, como si lo

viere, la hermosa copia de un *pedazo de la realidad*, que de fijo habrá en esa novela; y poniendo por las nubes, en su sitio, el estilo y el lenguaje de la ilustre estilista, fecunda como el *Tostado*, y activa, no como la ardilla de la fábula, sino como el generoso alazán que, dócil á espuela y rienda, se adestraba en galopar, según el maestro Iriarte. (Escrito lo anterior, recibo *Morriña*. Bueno; pero ya es tarde. Dejémosla para otra vez.)

III

En cuanto al discurso de Menéndez y Pelayo, que es una maravilla de erudición de primera mano, de talento en el decir, de penetración, originalidad y fuerza en el pensar, de seguridad, claridad, concisión y precisión en el expresar doctrina ajena, sería una verdadera profanación atreverse á hablar aquí, olvidando mi incompetencia, y que fuera desflorar un asunto, que debe dejarse intacto para algún varón docto y agudo, el decir de prisa y corriendo las cuatro vulgaridades que sobre el platonismo y su influencia en España, á mí, de mi cosecha, se me pudieran ocurrir.

Pensando en ese discurso de apertura, sólo se me antoja exclamar: ¡Qué pocas veces estos trabajos académicos son en nuestra tierra dignos de que los lean los sabios extranjeros! ¡Qué pocas

veces, aunque no lo crean algunos jóvenes estudiosos y á la larga vulgares y ramplones, en el Paraninfo de nuestra Universidad Central han resonado, en tales solemnidades, palabras dignas de meditación y de ser archivadas en la memoria. El discurso de Menéndez y Pelayo es una de esas pocas aves raras, y al mismo tiempo, es un ave del paraíso, por lo hermoso de su plumaje.

En un libro, de que voy á hablar más adelante, dice un crítico francés, tratando del sabio santanderino: «Menéndez y Pelayo es la cabeza más fuerte de la actual juventud literaria castellana». Verdad.

IV

Lo que va sucediendo en nuestra sociedad española con los *intereses religiosos y morales*, se parece á lo que allá en Bélgica aconteció cuando el partido liberal luchaba por imponer á los católicos la secularización de la enseñanza primaria. M. Goblet d'Alviella, antiguo miembro del Parlamento belga, refiere que el cardenal Deschamps tuvo por entonces una conversación con un personaje oficial, masón, que se dejó convencer por el Prelado, que decía ser imposible en las escuelas la *neutralidad religiosa*, comprometida del mismo modo si se hablaba del cristianismo que si no se

hablaba. Cuando apareció el programa de enseñanza histórica, donde no se decía palabra del cristianismo, el mismo Cardenal escribió: «Esto es, no sólo una necedad, sino una estupidez». Ciertamente; y á una estupidez por el estilo tienden nuestras costumbres actuales, que han hecho hasta de buen tono, y como signo de distinción, esa *neutralidad religiosa* que consiste en no hablar nunca de las cosas de *tejas arriba*, ni siquiera de lo religioso, en lo que tiene de asunto de *tejas abajo*. Este es el mejor término medio que se ha sabido encontrar para huir de los dos extremos viciosos que se pueden cifrar en *El liberalismo es pecado*, y en el *¿Puede un católico ir á la Exposición de París?* por el lado de los fanáticos á la antigua, y en las lucubraciones de *El Motín* y de *Las Dominicales*, por el lado de los fanáticos á la moderna.

Malos, sí, muy malos son los extremos; pero el término medio de la *neutralidad social* es ridículo, falso, insostenible. Que en esta España, que ha vertido tanta sangre, propia y ajena, por la Religión católica, de la noche á la mañana dejemos de pensar en el catolicismo, y en general en toda religión positiva y aun en toda religión; que cada cual guarde sus creencias para el retiro de su alcoba, como si fuesen enfermedades secretas, y ante el mundo practiquemos la tolerancia de la

neutralidad de la escuela belga, que consiste en prescindir del cristianismo en la historia, mutilando el espíritu propio y ayudando á la mutilación de los demás espíritus..., es absurdo; es una pretensión grotesca, que, como se saliera con la suya, convertiría á los españoles en una clase de africanos bastante temibles.

El *laicismo* general, predicado y aplaudido así como suena por los *liberales á la violeta*, corre parejas en materias religiosas con el *romancismo* de los antihelenistas y antilatinistas en materias de enseñanza.

La tolerancia universal, la verdadera *secularización religiosa*, no ha de ser negativa, pasiva, sino positiva, activa; no ha de lograrse por el sacrificio de todos los ideales parciales, sino por la concurrencia y amorosa comunicación de todas las creencias, de todas las esperanzas, de todos los anhelos. Mientras callamos todos en materia religiosa, no aprendemos á ser tolerantes; como no aprende esgrima el principiante mientras no hace más que mirar al maestro, puestos ambos en guardia; para aprender, han de chocarse los aceros. Una sociedad es tolerante cuando todas las creencias hablan y se las oye en calma; no cuando hay esta calma porque callan todas. Sobre todo, en nuestro país, huir del *problema religioso* por el silencio, por el *non ragionar di lor*, es imitar al

avestruz, que huye del enemigo escondiendo la cabeza en la arena. El pensamiento libre en España debe recordar que no lleva vencido al tradicionalismo autoritario por la fuerza de las razones, sino por la fuerza de los hechos. Compárese la fuerza de pensamiento que España ha consagrado á su religión secular con la que ha dedicado al libre examen, y se verá que la desigualdad es enorme.

No basta contar con lo que se ha pensado en otras partes, con la victoria debida, casi pudiera decirse, á la *rotación del progreso*. Contra esta clase de argumentos salen de vez en cuando gritos elocuentes de protesta, en los que parece que palpita el alma nacional ultrajada, desconocida por lo menos, enterrada en vida. No bastan la desamortización y Espartero, y después Martínez Campos, para hacer tabla rasa de la idea que se supone vencida y aniquilada. Además, todo lo que sea sarcasmos contra la decrepitud tradicionalista, contra su debilidad y derrota, son sarcasmos contra la memoria de un padre. Aprendamos de los chinos, no la inmovilidad, sino el respeto á los ascendientes. Si yo por el pensamiento libre soy hermano de todos los liberales del mundo, soy hermano de todos los católicos por mi españolismo.—Los que son capaces de convertirse, á fuerza de abstracciones fabricadas con odio, en enemi-

gos verdaderos de los fieles de la Iglesia, vienen á ser creyentes al revés, como los poetas blasfemos, pues miran en la tradición religiosa, católica, no una obra puramente humana, que revela infinitos sacrificios, mares de amor y de inteligencia, y de energía, sino la obra de un poder sobrenatural aborrecido, de un demiurgo contrario á la propia idea y á las propias pasiones. Los que persiguen con rencor, que sería cómico si no fuera repugnante, á los partidarios del cristianismo histórico, conservan, sin darse cuenta de ello, respecto de su teología y teogonía, supersticiones negativas, como las de aquellos cristianos primitivos que veían sin querer en sus enemigos *Jupiter* y *Venus* dioses falsos..., pero dioses.—Nuestros librepensadores confesos, debieran pensar que para ellos el Dios de los católicos no debe ser un Dios enemigo, sino un esfuerzo vigoroso del espíritu humano, del espíritu humano trabajando siglos y siglos en las razas más nobles del mundo; una idea que progresa á través de símbolos y confesiones teológicas y morales. Desde este punto de vista, yo no concibo un buen español, reflexivo, que se considere extraño al *catolicismo* por todos conceptos. ¡Ah!, no; sea lo que sea de mis ideas actuales, yo no puedo renegar de lo que hizo por mí Pelayo (ó quien fuese), ni de lo que hizo por mí mi madre. Mi *historia natural* y mi *historia nacional* me atan

con cadenas de realidad, dulces cadenas, al amor del catolicismo... como obra humana y como obra española. Yo todavía considero como *cosa mía* la catedral labrada y erigida por la fe de mis mayores; en ella penetro sin crearme profano; yo no escucho allí la voz de Mefistófeles que me dice: ¡Oh, tu *non dei pregar!*—Rezo á mi modo, con lo que siento, con lo que recuerdo de la niñez de mi vida y de la infancia de mi pueblo; con lo que le dicen al alma la música del órgano y los cantos del coro, cuya letra no llega á mi oído, pero cuyas melodías me estremecen por modo religioso; mi espíritu habla allí para sus adentros una especie de glosolalia que debe de parecerse á la de aquellos cristianos de la primera Iglesia, poco aleccionados todavía en las afirmaciones concretas de sus dogmas, pero llenos de inefables emociones. Sí: hoy el alma independiente, pero religiosa, llega á una *glosolalia*, mística á su modo, que se traduce en el *dialogismo* optimista y contradictorio de Renan, en el amor á la música de Schopenhauer, en la presencia de lo *indiscernible* en el alma, de Spencer, y en tantas y tantas formas de la poesía moderna, cuyos anhelos, cuyas vaguedades, cuyas contradicciones, cuyos *nefandos contubernios* de *misticismo* y *naturalismo* puede censurar y reducir á polvo tan fácilmente cualquier mediano crítico, con tal que sea de alma fría, que él llamará tem-

plada. Cabe no renegar de ninguna de las brumas que la sinceridad absoluta de pensar va aglomerando en nuestro cerebro, y dejar que los rayos del sol poniente de la fe antigua calienten de soslayo nuestro corazón. Todo el pasado bien vale una misa. Y adviértase que no hay más que un modo de decir misa; pero hay varios modos de oirla. Cuando en el altar se eleva la Hostia, el creyente al pie de la letra, ve el cuerpo de Jesucristo; otros creyentes que hay de otro modo, ven á Jesús en la última cena, y á San Juan, el discípulo amado, que apoya su cabeza en el hombro de Jesús, y de Él recibe el pan que ata los corazones; y ven á San Pedro que, al separarse del Señor pocas horas después, para siempre, queda con la obsesión de su resplandeciente imagen grabada en el cerebro para toda la vida, y la ve flotar en las nubes, y resbalar en Genezaret sobre las aguas.

Y más ve y más oye el que oye misa bien; ve la sangre de las generaciones cristianas: y el español ve más: ve la historia de doce siglos, toda llena de abuelos, que juntaron en uno el amor de Cristo y el amor de España, y mezclaron los himnos de sus plegarias con los himnos de sus victorias. Separar la *Iglesia del Estado*, eso se dice bien; y se hace, pero con una condición: que el Estado no tenga otro nombre propio ni la Iglesia más apellido; pero si ese *Estado* es España á los

cuatro días de sus guerras civiles, y la Iglesia, la que tiene por patrón á Santiago, entonces el buen gobernante debe procurar no hender el añoso árbol; no dividirlo con hacha fría y cruel..., porque se expone á que las mitades, violentamente separadas, se junten en choque tremendo y le cojan entre fibra y fibra. Es mejor injertar que todo eso. Injertar en la España católica la España liberal, no consiste en falsificar la libertad, ni en corromper á los católicos por el soborno del presupuesto repartido. Tampoco se trata de una obra de seducción pérfida, de una propaganda inoportuna en terreno mal preparado; se trata de practicar de veras la tolerancia; de respetar las antiguas ideas y los sentimientos que engendran, y hasta de participar de esos sentimientos, por lo que tienen de humanos y por lo que tienen de españoles.

La obra que se propuso un hombre de Estado español, el Sr. Cánovas del Castillo, al atraer al campo liberal las huestes del tradicionalismo, era algo más trascendental en su pensamiento, tal me complazco en creer, que una mera astucia estratégica para dividir al enemigo; su propósito quiero creer que era demostrar á los llamados carlistas que, al hundirse bajo sus plantas el antiguo régimen, lo que se hundía no era el suelo de la patria; que patria seguirían teniendo los vencidos, como si fueran vencedores, en esta España, que si cam-

biaba de rumbo, no renegaba de sus tradiciones, no olvidaba su historia, ni desconocía á los hijos que amaban por excelencia el pasado. Pero si esta idea que piadosamente atribuyo al Sr. Cánovas, y de la que le creo muy capaz, era buena, era justa, era grande, los medios de que se valió para aplicarla á su política fueron torpes, contraproducentes aún más que inútiles; y el trabajo, encomendado principalmente al fogoso, pero falso tribuno católico, D. Alejandro Pidal, no fué por éste comprendido sino de manera pedestre, mezquina, indigna del alto propósito: creyó que se trataba de dar colocación á los carlistas que la guerra concluida dejaba desocupados; creyó que se trataba de repartir un botín, cuando lo que había que hacer era compartir un derecho.

Los elementos más sinceramente tradicionalistas rechazaron la humillante transacción, y en vez de acelerar una solución de concordia y olvido que cada día va siendo más urgente, lo que se consiguió fué exaltar el punto de honor de muchos buenos españoles, que fácilmente pueden convertirse en peligrosos ciudadanos, á poco que se les hurgue y moleste.

Se quería unir al cuerpo de la patria un miembro que por culpas propias ó ajenas venía separándose de ella más y más cada día; y lo que se consiguió fué subdividir ese miembro en partes,

que se arrojaron una contra otra en implacable guerra.

De aquí nació una *literatura* político religiosa verdaderamente deplorable. La mayor parte de los incorruptibles, que no contaban para animarse á la lucha más que con su fe y su entusiasmo, alimentaron el fuego de este espíritu con excesos de retórica y de lógica, con paradojas é hipérbolas de su creencia intransigente, que muchas veces iban á dar al olvido de toda caridad humana. Si no era, ni es (puesto que sigue) muy edificante este espectáculo, menos lo parece el que dan los enemigos de enfrente, los llamados mestizos, entregados casi siempre á miserables comedias, en las que falta el espíritu de la verdadera fe, sin que asome el de la libertad en nada. Místicos que, en vez de rezar, solicitan empleos de los aborrecidos *masones*, y llenan lo que debiera ser remedo de la mística ciudad de Dios, de caciques y prestidigitadores electorales, no valían el trabajo de conquistarlo, con el pan ázimo del presupuesto; y en este punto el Sr. Cánovas debe dar su obra por fracasada. Pues los tales místicos y los otros, intransigentes é irritados por la traición y el común desprecio y los sarcasmos de muchos que se llaman liberales, y creen que es pensar libremente insultar á los vencidos, se dividen el campo de la prensa llamada católica; y en vez de elocuentes gritos

de angustia, vigorosos arranques de protesta, poéticas *saudades* de la España perdida, de la España puramente católica, se escuchan recriminaciones, insultos, vulgaridades lanzados de uno ú otro dogmatismo de política callejera; todo ello en el lenguaje absurdo de la moderna germanía política y periodística, en la que las palabras no significan más que vagas, incoloras abstracciones, á no ser cuando se cuajan en algo concreto para ser signos de alguna grosería.

En medio de estas tristezas literarias, que son reflejo fiel de la vida mezquina, pobre y débil de los espíritus, ambiente gris y frío en que ponen tintas y frialdades lo mismo los partidarios del pasado que los que dicen esperar algo del porvenir, consuela el alma de los que imparcial y amorosamente atienden, reflexionando, al movimiento intelectual de nuestra España, tal cual voz que de tarde en tarde despierta los ecos dormidos de la simpatía estética, con notas de sinceridad, fuerza y pureza y seriedad de ideas.

Ya he dicho muchas veces, hablando de nuestra poesía, por ejemplo, que en España, ni las ideas nuevas, ni las que van al ocaso, ó ya han entrado en la noche, cuentan en la juventud con entusiastas amantes que las canten ó las lloren; no tenemos poetas jóvenes, propiamente poetas; y siendo España quien es, es más de extrañar, y

acaso más de sentir, que de la tumba de tantas grandezas perdidas, de tantos ideales enterrados, no salga la voz rediviva, y encarnada en un Leopardi á la española, creyente en su tristeza, que nos cantase á su modo, al ver nuestros progresos pegadizos, la melancólica queja:

...ma la gloria non vedo;

la voz de nuestro genio nacional, no sé si agotado, no sé si falto de ambiente propio en la moderna vida. No existe ese poeta de la España que fué, y, para mayor desgracia, tampoco abundan los prosistas que con toda sinceridad, pureza, discreción, fuerza de sentimiento y pensar reflexivo, serio-ilustrado, defiendan las doctrinas que en otro tiempo tanta elocuencia arrancaron á las plumas castizas españolas, y que en otros países, mucho menos católicos que el nuestro, tuvieron por paladines, en una ó otra forma, en uno ú otro sentido, á hombres como Bonald y De Maistre, Lamennais, Cagnoli y tantos otros.

Menéndez y Pelayo, que al principio de su gloriosa carrera literaria podía ser considerado como un hombre de estas tendencias, como un defensor de esos ideales, es hoy muy otra cosa; y en la serenidad á que su altísimo talento le ha llevado, ni olímpica ni imitada de ningún *pagano*, grande ni

chico; en la serenidad de su crítica y del espíritu que la anima, no podemos ver cosa que corresponda directamente á lo que estoy echando de menos.

No: ningún nombre famoso en España suena hoy, respondiendo al anhelo que han de sentir muchas almas, de que haya quien en las letras represente con vigoroso esfuerzo las doctrinas y los deseos antiguos, caros á muchos todavía.

Pues, á falta de esos nombres resonantes, digo que consuela encontrar libros como el titulado *La Unidad Católica* (estudios histórico-canónicos), en que su autor, D. Víctor Díaz Ordóñez, catedrático de Derecho eclesiástico en la Universidad asturiana, nos da la flor y el fruto de una fe noble, entera, incólume; espectáculo cada día más raro y para mí agradabilísimo, lleno de ternura; de una fe ilustrada y no pedantesca, de un espíritu escogido y no orgulloso, de una ciencia cristiana no anticuada y manida, si no fresca, viva, llena de las emanaciones saludables del aire libre.

Muchos falsos librepensadores, que en España achacan al Catolicismo, en general, grandes defectos que encuentran en muchos de los escritores católicos de España, debieran fijarse en que cometen con esa religión tan respetable una injusticia, tan solemne como la que cometiera quien juzgase de la ciencia heterodoxa por los disparates y des-

plantes de esos librepensadores falsos á quien me refiero.

Fuera de España, el Catolicismo lucha hoy con las armas modernas; se reconoce, para las condiciones exteriores de la lucha, como uno de tantos beligerantes, y procura, sin contar con privilegios que sean ventajas políticas, buscar la superioridad en su valor intrínseco. Aun entre nosotros, algunos ejemplos tenemos de este Catolicismo, que fuera de aquí representan, v. gr., en obras recientes, el Dr. José Kopp, de Viena, y el abate Fremont, de París: algunos de los escritos, no todos, del P. Zeferino (el de la hermosa *Retirada de los arzobispados*), son muestras elocuentes de ese Catolicismo, que, sin dejar de ser tan puro como el que más, usa las artes de combate de la vida moderna, en condiciones de igualdad, sin exageraciones ni imposiciones que sean una perpetua petición de principio.—*La Unidad Católica* del Sr. Ordóñez es un libro que corresponde de lleno á esta simpática literatura. La más absoluta intransigencia en la doctrina y la más exquisita sinceridad y flexibilidad en la forma. Es que, ante todo, el Sr. Ordóñez es un cristiano muy bien educado. La cualidad que apunto como gran mérito, es mucho menos común de lo que parece. La buena crianza del Sr. Ordóñez tiene una base firmísima y honda en la caridad. No es su trato de

forma exquisita, por bien parecer, por tener gracia, por ganar amigos, por suavizar las asperezas de la vida en el roce con las gentes: lo es porque una de las formas más eficaces, y de efectos constantes y positivos, de la caridad, consiste en el trato fino, obsequioso; porque á la mayor parte de nuestros semejantes no tenemos ocasión ni medios de hacerles más favores que el de portarnos como cumplidos caballeros en las someras relaciones accidentales que la sociedad procura. Hay muchas gentes que descuidan este aspecto del bien obrar, y, reservándose ser héroes de la abnegación en algún caso de mucho apuro, que muchas veces no llega, son, en las menudencias de la vida ordinaria, es decir, en lo más frecuente y práctico, insoportables erizos ó icosaedros, llenos de puntas ó de ángulos.

El libro del Sr. Ordóñez tiene su primera gracia, que trasciende á su elemento literario, en esta forma cortés, sencilla, sin sorpresas desagradables de temperamento fogoso erigidas en dogmas. En todo libro español, esto es un gran mérito; en libro de controversia político-religiosa, un mérito mayor; en libro de ideas *absolutistas* (perdone el autor el epíteto impropio) que van de vencida, es un mérito máximo.

He dicho un libro de controversia, y el que examino apenas lo es. Es más bien una elegía con argumentos. Por eso, sin dejar de ser científica, es

La Unidad Católica obra por excelencia literaria, y por eso, ni más ni menos, hablo yo de ella.

Para *defender* su idea, *La Unidad Católica*, el Sr. Ordóñez ni se entrega á las *flores de cura* del jardín retórico-místico, ni á las filosofías político-escolásticas, que tanto abundan en libros que todos conocemos; sus razones y su elocuencia las saca de la historia. En efecto: causas como la católica, tienen en la historia su mejor defensa; y si se trata del Catolicismo, como ley social de España, al pasado, sobre todo, hay que volver la mirada para encontrar argumentos sustanciosos.

Pero la historia que el Sr. Ordóñez conoce y aprovecha no es la de tantas fuentes vulgares, y no muy puras las más de ellas, que suelen servir para sacar de apuros á eruditos improvisados de uno y otro bando; no: el Sr. Ordóñez utiliza para su libro, y por eso lo escribe, los estudios serios, metódicos, prolijos y reflexivos de toda una vida que ahora llega á la madurez, consagrada á una vocación exclusiva, con entusiasmo y hasta celo religioso abrazada. Nosotros, los que hemos tomado á nuestro cargo combatir en público ciertas hipocresías y farsas literarias y sociales de todos géneros, y por esto mil veces tenemos que burlarnos de la mentida piedad de un muchacho listo que se aprovecha de la fe cristiana de sus paisanos para especular con ella en la comedia política;

nosotros, los que hemos dicho pestes del catolicismo á la Tartuffe de ciertos fogosos oradores, tenemos obligación de detenernos á considerar y alabar á los verdaderos creyentes, que, huyendo de las ventajas materiales que todavía procuran en España los credos á la Tamberlick, ante el público del teatro Real cantados, se recogen á la soledad de su modestia y de sus creencias pudorosas; y si por una parte no buscan el aplauso de las Poppeas de bombonera y del *five o'clock tea*, por otra desdennan ó perdonan los desdenes del vulgo liberalesco, y se atreven, no á ostentar, sino á sostener sus ideas viejas ante un público hostil, ó, lo que es peor, indiferente, y en su ignorancia intolerante. ¡Ideas viejas he dicho! ¿Habr  cosa más anticuada que el liberalismo superficial, cruel, desmadejado, incongruente, que profesan muchos que se creen escritores y pensadores? El catolicismo y su política tradicional, clásica, lógica, bien defendida, como hoy la defienden fuera de España algunos, y como ahora la defiende el Sr. Ord n ez, no es, en rigor, idea vieja, en el sentido de caducidad: no, no es idea gastada, y que no puede ser admitida como beligerante por su debilidad senil. El catolicismo, cuando no es sinónimo de reacción, de imposición doctrinal y política, de intransigencia y ceguera en la polémica, es una de tantas hipótesis sociales, religiosas, políticas, filosóficas y

artísticas que luchan leg tamente en la vida espiritual de los pueblos civilizados de veras. El catolicismo tiene sus representantes hasta en las avanzadas de las ciencias naturales, como lo prueban varios respetables sacerdotes, de todos conocidos; los tiene en las avanzadas de las tentativas socialistas, como lo prueban recientes sucesos de los Estados Unidos, y los tiene hasta en las avanzadas de la poesía modernísima, como lo prueba el ya famoso Paul Verlaine, uno de los poetas franceses de las nuevas generaciones, más seriamente inspirado, de más ideas y de más armonía; Paul Verlaine, que es católico.

  su modo, y en su esfera, el Sr. Ord n ez, más que por el fondo de lo que sostiene, por la forma en que lo defiende, es un católico de ese género, en cierto sentido nuevo, nuevo sobre todo en España. Por lo pronto, su erudición histórica,   que me estaba refiriendo, da testimonio de este simpático *modernismo*; el catedrático de Derecho canónico de Oviedo ha aprendido   estudiar la historia de la Iglesia, no sólo en la obra muerta de la empalagosa y eterna apolog tica oficial; ha ido al mundo,   la vida, es decir, al *real* campo de batalla en que la Iglesia gan  sus grandes triunfos con la sangre de sus hijos y el fuego de su espíritu cristiano. La gloria de la Iglesia la cuenta la historia profana sincera, ilustrada, documentada,

hasta filosófica y artística de los modernos historiadores, mejor que los mismos cronistas oficiales, de criterio cristalizado en formas hieráticas. El señor Ordóñez conoce la historia, y la utiliza—como la escriben los Thierry, los Taine, los Macaulay, y tantos otros que son gloria de la erudición racional y sabia moderna;—pero también conoce los monumentos de historia y derecho eclesiásticos que han producido Alemania y otros países que seriamente cultivan tales estudios, como lo muestran las obras de los Rohrbacher, Phillips, Walter, Christoffe, Héfelé, etc., etc. Y al par con esta clase de erudición, tiene otro género de ella el señor Ordóñez, aquel que mejor había de parecer en un español enamorado de la España tradicional, y en un católico fiel soldado de los sucesores de Pedro; el género de erudición que consiste en haber visto con los propios ojos y haber estudiado, vigilia tras vigilia, las obras de nuestros antiguos sabios clásicos, clásicos en tal materia, desde San Isidoro á Ambrosio Morales y más acá; la erudición que consiste en haber leído y pesado, y comparado, y comentado, y aplicado á su objeto la inmensa doctrina, esparcida en las fuentes legales de los cánones, en los documentos pontificios, en las colecciones de los Concilios, en decretales, concordatos, etc., etc. Este lastre, que no se improvisa, que no hubiera podido adquirir el Sr. Ordóñez si

hubiera vivido en las sacristías cortesanas y en las redacciones pseudo-místicas; si hubiera consagrado al estudio de sus documentos pocas horas de cada día, durante pocos años, fué para él tarea insensiblemente realizada, un gran resultado obtenido sin esfuerzo, merced á haber convertido toda su actividad á tal objeto, para él, animado de vivísima fe, agradable, suave y natural como una buena inveterada costumbre. El Sr. Ordóñez se ha encontrado, al cabo de varios lustros de una vida ordenada, modesta, escondida, con un caudal de paz de conciencia en el corazón, y un caudal de erudición racional, metódica, en el cerebro. De estas vidas, de estas sabidurías, salen estos libros, que, aunque estén á cien leguas de nuestras opiniones, se imponen al respeto y reclaman la reflexión y el estudio. No faltará un *liberal* que me diga: ¿de modo que, según usted, ese señor catedrático ha demostrado la necesidad de que volvamos á la *Unidad Católica*?

Liberales del género á que pertenece el que yo supongo que puede hacer esa pregunta, no merecen contestación. Sólo diré, á este respecto, que mi opinión importa muy poco en el asunto de que se trata: es claro que mi opinión es que ni debe ni puede resucitar la unidad católica; pero ¿qué vale esto? Lo interesante es llamar la atención de liberales [y tradicionalistas hacia libros como éste del

Sr. Ordóñez, en el que muchos sectarios de uno y otro bando tienen bastante que aprender. Los malamente llamados neos pueden aprender cómo la intransigencia en el fondo de la doctrina es compatible con la serenidad, tolerancia y espíritu expansivo de la forma; cómo se pueden defender las ideas antiguas con argumentos y estilo modernos, rejuveneciendo la polémica católica con algo más que arranques tribunicios... de sacristía, con el estudio serio é imparcial de las abundantes y sugestivas fuentes históricas de la ciencia moderna. En cuanto á los contrarios, podrán aprender en la obra del Sr. Ordóñez que el enemigo que combaten, el ideal católico religioso-político, no es cosa tan baladí y arrinconada como muchos se figuran; que muchos de los argumentos con que se pretende aniquilarlo, son falsos, otros frívolos, otros verdaderas calumnias. Si la doctrina política de la Iglesia, según esta interpretación rigurosa, no debe prevalecer, no será ciertamente porque esa Religión, que tantos siglos ha vivido con fuerza y con gloria, sea un tejido de absurdos, un edificio de cartón que pueda derribar de un papirotazo un gacetillero... Hasta para afilar las armas con que se puede atacar mejor la Unidad católica, conviene tener presentes libros como el de Ordóñez.

Además, hay en él algo que á todos los buenos españoles debe tocarnos en el corazón; todo lo que

se refiere á las indudables grandezas que tuvimos y que debimos en mucha parte á ese espíritu católico-nacional, que con tanta elocuencia, sinceridad y fuerza sabe evocar el catedrático de Oviedo. Los capítulos de *La Unidad Católica* en que se trata de los tiempos prósperos de nuestra historia pragmática y espiritual; el VII, que se titula *Decadencia de la Europa cristiana y Renacimiento de España*; el VIII, titulado *La espada del Catolicismo*, y singularmente el que se consagra al *Siglo de oro*, son trozos de muy selecta literatura; y en ellos, gracias á la sinceridad y profunda fe, á su sentimiento original y fuerte del elemento estético y moral del Catolicismo histórico, el autor llega á conmovernos, á despertar en nosotros el patriotismo religioso y arqueológico; y allí donde otros muchos no han sabido cosechar más que hojarasca de lugares comunes, hojarasca de otoño, amarillenta y pisotea la, buena para hacernos renegar hasta de nuestro glorioso abolengo, el Sr. Ordóñez encuentra la novedad que traen siempre consigo la verdad de nuevo reflexionada, ó la belleza y el amor espontánea y originalmente sentidos.

Sea lo que quiera de los ideales con tanto valor, y sin alardes, mantenidos por el Sr. Ordóñez, su libro me ha traído á esta situación de ánimo en que escribo, hablando de tolerancia, de patriotismo espiritual, de amor, en el recuerdo co-

mún, de todos los españoles para todos los españoles...

¡Oh! sí; hablemos mucho de religión, cada cual como la entienda; de la piedad antigua española, herencia de todos; y ya que por los pueblos de más cultura andan corrientes de idealismo renovado y depurado; ya que la filosofía y la historia se juntan para reconocer, una vez más, que el mundo es mucho más misterioso de lo que puede parecer á ciertos boticarios, y que el pensamiento y el corazón de los antepasados valieron mucho más de lo que opinan los asiduos lectores de *Las Ruinas de Palmira* (de las que se han hecho mil ediciones modernas, con variantes); ya que se habla de nueva metafísica y hasta de palingenias de la poesía de los poetas proféticos y hierofantas, acordémonos los españoles de que en esa tradición de los idealismos consoladores y vivificantes tenemos nosotros nuestra gran leyenda: recojamos del fondo de nuestra historia el pensamiento primordial de nuestra vida de siglos, y volvamos con él á esa vida nueva que todo nos anuncia, haciéndolo servir, con las transformaciones que en nuestro espíritu han realizado los elementos nuevos de la ciencia y del arte, en la gran colaboración que se nos pide en este *sursum corda* que por todas partes se anhela.

Pero..., no nos engañemos. Nada de esto es po-

pular todavía; según algunos partidarios de tales resurrecciones, no lo será nunca, ni debe serlo. Yo creo que sí debe llegar á ser patrimonio de todos, ó de los más, por lo menos, esta anhelada restauración progresiva de la vida ideal, que hoy muchos no pueden comprender más que como una reacción vulgar, hermana de otras cien veces vendidas. Lo indudable es que, hoy por hoy, esta tendencia cuasi-mística á la comunión de las almas separadas por dogmas y unidas por hilos invisibles de sincera piedad, recatada y hasta casi casi vergonzante; esta tendencia á efusiones de inefable caridad que van, como efluvios, de campo á campo, de campamento á campamento, se pudiera decir, como iban los amores de moras y cristianos en las leyendas de nuestro poema heroico de siete siglos; estos presentimientos de aurora, que se vaticina por los estremecimientos de muchas almas, que son como aves que aguardan en vela y con ansia la luz del día, no son signos generales del tiempo, no son fruto que ahora se recoge de antigua siembra; y el que hoy, desde uno ú otro partido, confesión, sistema, escuela, ó lo que sea, da un paso en este camino de concordia, bien puede contar con que no trabaja para el *gran público*, y necesita caudal de propios consuelos, motivos íntimos de satisfacción, que compensen la frialdad ambiente, la indiferencia con que el coro *mudo* aco-

ge las estrofas de esos cánticos, sin acordarse de contestar con antistrofas, épodos ni cosa parecida.

El libro del Sr. Ordóñez, que, quisiéralo su autor ó no, es de los que producen, en los espíritus bien preparados, impresiones de ese género, tendencias á esa *neutralidad estética* que tantos bienes puede traer á la paz del mundo, no causará probablemente ni frío ni calor en los sectarios *incomunicables* de uno y otro campo. Los *amigos* verán el filo del arma, pero se dirán: ¿y el veneno? Los *enemigos* verán la afirmación material, contraria á sus ideas; no verán lo que hay allí que no es de *ningún partido*, aunque el autor quiera otra cosa: la caridad, el olvido de las vanidades del éxito ruidoso, la sinceridad, la fe con su corte de buenas obras..., el aroma exquisito, elegante, puro, *virtuoso* del *sueño ideal* de España; aquel sueño que, según creencia tradicional, trajo á España el mismo San Pablo, el visionario del camino de Damasco, y si no, por lo menos, Santiago el ebionita.

Tal vez el mismo autor de esa obra que me ha sugerido todos estos renglones, que no acaban por ser un *examen crítico* (ni falta), extrañe algo de lo que va dicho. Pero bástele saber y creer que la sinceridad que él ha tenido para escribir su libro, la tengo yo al hablar á mi modo de tan serios asuntos. La explicación del cómo y por qué una defensa de la unidad católica puede inspirarme á

mí estos sentimientos de concordia y de restauraciones idealistas, sería muy larga, exigiría muchas referencias al estado del pensamiento y de la literatura en otros países, á los caracteres principales de nuestro genio nacional y á otras muchas ideas y recuerdos, de que hablaría muy á mi placer si me atreviese á escribir un libro sobre las creencias de los angustiados hijos de los años caducos del siglo XIX.



REVISTA LITERARIA

(DICIEMBRE, 1889)

La poésie castillane [contemporaine (Espagne et Amérique)], por Boris de Tannenberg (Paris, Librairie Académique Didier).

Los franceses hacen alarde de practicar un cosmopolitismo generoso, y en un sentido no les falta razón, pero sí en otros. Ese cosmopolitismo es evidente por lo que toca á considerar á Francia como el moderno *umbilicum terrae*, el centro de todas las miradas, el atractivo supremo de la civilización moderna. Ser admirados por todos los pueblos, imitados, seguidos y visitados por ciudadanos de todas las naciones, les agrada, los llena de orgullo, y para lograr tal efecto no perdonan esfuerzo ni sacrificio. En punto á literatura, que es de lo que tratamos, hacer del espíritu francés un imán, es su mayor gloria; aunque parece que lo disimulan, porque no cuentan con el gusto ni con el juicio de esos pueblos lejanos, de los cuales saben que son atentos espectadores de la co-

media literaria de París. Hacen como que no piensan en el público, en el extranjero; ventilan sus cuestiones nacionales como si no hubiera más mundo, y las universales como si fueran nacionales también. Un escritor notable, Edmundo Goncourt, llega á decir en el prólogo de una novela, *Cherie*, que él no escribe para que le entiendan extranjeros, ni siquiera el francés del Canadá (todo lo contrario de algunos de nuestros *cucos* académicos, que no escriben más que para los americanos): un crítico moderno, joven, M. Hennequin, ya difunto, más obligado que el novelista á saber lo que pasa en otras partes, á pesar de escribir nada menos que un nuevo sistema de crítica, que llama científica, al reseñar el estado de la ciencia estética moderna y de la crítica literaria, apenas cuenta con más nombres que algunos franceses, desdeñando sin miedo todo lo demás que no conoce, y gracias si cita á Jorge Brandes, poco menos que con desprecio; este mismo crítico científico, que mete en cuadros de clasificaciones de *historia natural* el genio del orbe terráqueo, entero, en grupos de escritores, al llegar á España concluye con este pisto graciosísimo:

NOVELA PICARESCA.

Calderón.	Quevedo.
Imitación de Francia.	Imitación de Inglaterra.
Hartzenbusch.	Bretón de los Herreros, etc.;

y se acabó la literatura española: Guyau, otro crítico, muerto también, también joven, consagra un libro entero de sus *Problemas de la estética contemporánea* al estudio del verso... francés (1), como si el quicio de las leyes rítmicas se encerrara en los alejandrinos de Racine y de Víctor Hugo: el mismo Zola dictó leyes naturalistas al mundo entero, sin más experiencia apenas que la de la novela francesa del siglo presente; y, en fin, es general esa nota en los más insignes escritores franceses, este olvido de los demás, á los que ni siquiera conceden los honores de *pío* y *discreto lector* y de *ilustrado público*; si bien en las cuentas que echan con los editores y en las que echan con su vanidad, es claro que entra por mucho el comercio de exportación literaria.

A pesar de lo cual, no falta quien diga por allá que los franceses estudian y propagan las literaturas de todos los países que la tienen. No es verdad. Cierto que en Francia se traduce mucho, aunque en materia de pura literatura no tanto; pero el estudio serio y concienzudo y la traducción sabia, propiamente artística, de las obras de arte extranjeras, no están en proporción, ni con mucho, del

(1) Menéndez y Pelayo censura este exclusivismo de Guyau también; mas por mi parte debo añadir, en justicia, que mucho de lo que dice el malogrado filósofo de la relación del verso á la idea, es de valor general y está muy bien pensado.

trabajo intelectual allí consagrado á la producción nacional exclusivamente (1). Ya no hay un Chateaubriand que traduzca á Milton, y faltan y han faltado siempre, los Schlegel, dedicados á aclimatar con alientos de gran ingenio las obras maestras de países lejanos. En general, hoy el literato francés se distingue por saber pocos idiomas; por desconocer las literaturas modernas. Esto se descubre, entre otros síntomas, en lo poco que han influido en el espíritu de muchos de ellos algunos escritores insignes ingleses, alemanes, italianos, que de fijo serían mucho más citados si tuviesen una *historia* dentro del alma de los literatos franceses. Sirva de ejemplo lo poco que saben de Leopardi, el caso omiso que suelen hacer de Carducci, y la poca influencia de Macaulay y de Carlyle. Sólo una moda volandera, de superficial alcance, les llama la atención de vez en cuando hacia un punto ú otro de la rosa de los vientos. Rusia, por ejemplo, ha merecido ser el *tic* literario de París durante estos últimos años; mas, aparte de la intensa impresión que una literatura hermosa, profundamente honrada, llena de esperanzas de ideal en

(1) En materia de adaptación sigue Alemania siendo la nación más activa, como observa con razón G. Chiarini al examinar tres recientes estudios de autores alemanes, relativos á Mme. Staël, á Shakspeare y la cuestión baconiana, y á los poetas italianos de mediados del siglo XVIII.

medio de su tristeza, haya podido producir en algunas almas serias y reflexivas, generalmente de las menos vocingleras, el prurito rusófilo no ha sido más que un arranque del *neurosismo*, del boulevard, algo ficticio y que ya empieza á decaer. En los más, el amor á las letras rusas (á una parte de ellas) obedecía y obedece á causas ajenas á la estética; por ejemplo: el deseo de atraer al gran Imperio del Czar á una alianza contra Alemania; la complacencia maliciosa de oponer á los novelistas del naturalismo francés triunfante, otro naturalismo y otros grandes ingenios que eclipsaran á los de casa á ser posible (porque la envidia triunfa hasta de la vanidad patriótica francesa). Añádanse á estas causas la influencia singular de Turguenef, ruso afrancesado, y la crítica estético-moral, suave, clara, simpática y al alcance de todos, de Melchor de Vogüé, el gran propagandista en Francia de Gogol, Tolstoy, Dostoiewski y otros pocos rusos.

De Inglaterra, de sus escritores, también se habla algo en los libros de París de cierto género..., pero no sin protesta de otros escritores. El estar enamorado de los poetas ingleses es una *pose* de los críticos franceses elegantes, de distinción, de los favoritos de las *youthesses*, y no falta quien declare afectación de dandysmo estético el alabar tanto á Keats, por ejemplo; y hasta un novelista